

EL SEXTO LOCUS

Escatología

Capítulo 40

La idea del fin de todas las cosas

El nombre Escatología

El nombre escatología no expresa completamente lo que está incluido en el último locus de la dogmática. Se han utilizado otros nombres, como *De Novissimis* (*Lo concerniente al fin*) y *De Consummatione Saeculi* (Concerniente a la Consumación de las Edades), un nombre que utiliza el Dr. Abraham Kuyper Sr., pero ninguno de estos nombres cubre el contenido de este último locus. El nombre *De Consummatione Saeculi* denota aproximadamente la misma idea que el de *escatología*, mientras que el nombre *De Novissimis* se refiere a lo que se encuentra más allá del último tiempo (ἔσχατος ὁ χρόνος). El nombre escatología, que se deriva de ἔσχατος (*último*) y λέγειν (*hablar*), denota sólo aquello que todavía debe tener lugar para poner fin a todo lo que tiene referencia al mundo actual. No se refiere a las cosas eternas en absoluto. Se refiere al fin del mundo y a las cosas que preceden inmediatamente al fin y que deben conducir al fin, pero no se aplica a la nueva y eterna creación de Dios, donde el tabernáculo de Dios estará con los hombres. Esto debe tenerse en cuenta cuando, sin embargo, utilizamos el término *escatología* para este locus.

El término escatología se deriva de la Sagrada Escritura, que habla de la última hora (ἔσχατη ὥρα) que ya es: "Hijos, ya es el último tiempo [ὥρα]" (1 Juan 2:18). La Escritura habla de los últimos días (ἔσχατι ἡμέραι — Isa. 2:2; Miqueas 4:1—). También nos dice que Cristo como el Cordero de Dios fue conocido "antes de la fundación del mundo, pero manifestado en los postreros tiempos" por nosotros (ἐπ' ἔσχατου τῶν χρόνων— 1Pet. 1:20—). La Escritura distingue entre αἰὼν οὗτος (esta era) y αἰὼν μέλλων (la era venidera) o en el hebreo, הַיּוֹם הַזֶּה (esta era) הַיּוֹם הַבּוֹא (la era futura o la era venidera). Cuando hablamos de escatología, nos referimos particularmente a las últimas cosas que deben preceder a la era venidera. Esto incluye el estado de las cosas inauguradas por la parusía y aquello que existirá para siempre en la era venidera.

Escatología en la historia del Dogma

Es lógico que, sobre la base de la Sagrada Escritura, la iglesia desde sus inicios fijó su atención en estas últimas cosas y en la era venidera. Aunque el último locus no recibió la

atención de la que disfrutaban los otros loci, las ideas de la vida y la muerte, el estado después de la muerte, la esperanza de la resurrección y la desolación eterna de los inicuos si fueron desarrolladas. Por otra parte, mientras que en el período más temprano de la iglesia algunos de los padres enfatizaron fuertemente la idea de un milenio terrenal, en un período posterior de la historia de la iglesia, desde alrededor del siglo V hasta la época de la Reforma, estas nociones chiliásticas fueron opuestas y poco a poco olvidadas. La noción de un milenio terrenal y de un reino establecido en esta tierra fue reemplazada por un énfasis en el futuro reino de gloria eterna. En este período posterior la atención también se centró en el estado intermedio, el estado del alma después de la muerte y antes de la resurrección, y se desarrolló la noción del purgatorio.

En el momento de la Reforma, la idea del purgatorio fue rechazada, pero la escatología no recibió su lugar y atención adecuada en la dogmática. La Reforma hizo hincapié en la segunda venida de Cristo, la resurrección en gloria, así como la resurrección general de los muertos, la vida eterna y la perdición eterna, y rechazó las nociones chiliásticas que habían surgido de nuevo en algunas sectas al final de la Período anterior. Pero el todo de la escatología recibió solamente una escasa atención.

Recientemente, sin embargo, ha habido un cambio notable. La iglesia en su conjunto está prestando más atención a las cuestiones escatológicas, aunque el nuevo énfasis se debe en gran medida a los premilenarios, así como a la nueva teología introducida por la escuela de Karl Barth y otros.

Escatología Neo-Ortodoxa

Especialmente la escuela de Barth, a la que pertenecen hombres como Brunner, Eduard Thurneysen, Friedrich Gogarten, Adolph Bultmann, Heinrich Barth (hermano de Karl), Heinrich Knittenmyer y W. Kolffhaus, hace hincapié en la escatología tan fuertemente que en principio esta escuela de pensamiento considera a toda la dogmática y la teología como escatológica. Pero su escatología es radicalmente diferente de lo que la iglesia siempre ha entendido por escatología y de las enseñanzas de la Escritura; aunque los de la escuela de Barth afirman que su punto de vista es exactamente el de la Sagrada Escritura, especialmente del Nuevo Testamento.

En la dogmática de Barth o, más bien, en la filosofía de Barthiana, la escatología de la iglesia y de la Sagrada Escritura difícilmente puede ser reconocida, especialmente por su método dialéctico y porque su uso de la paradoja es muy oscuro y difícil de entender—tan oscuro, de hecho, no se puede dejar de preguntarse a veces si Barth entiende claramente su propia terminología—.

De acuerdo a la fe de la iglesia, el significado de *último* (ἔσχατος) es último en el sentido cronológico. Las últimas cosas (ἔσχατα) son las últimas cosas en el tiempo, las últimas cosas en la era actual, en esta era (αιών οὗτος). El fin de esta era actual, según la fe de la iglesia desde el principio, se caracterizará por el fruto ético maduro del pecado y de la gracia. La medida de la iniquidad se llenará, y el sufrimiento de Cristo en y a través de la iglesia alcanzará su plenitud (πλήρωμα). Según la fe de la iglesia, además, el fin de esta era actual será terminada por la parusía, el segundo advenimiento de Cristo, que es una venida visible y literal del Señor. Ese fin, según la fe de la iglesia, irá acompañado de terribles catástrofes, de esta manera toda la forma de este mundo desaparecerá, y los mismos elementos se derretirán y arderán (2 P. 3:10). Esta venida de Cristo inaugurará un nuevo mundo, el reino eterno de Dios, el mundo celestial, donde el tabernáculo de Dios estará con los hombres (Ap. 21:3), mientras que los inicuos serán arrojados para siempre a la desolación eterna.

Barth, sin embargo, presenta una escatología completamente nueva que no tiene nada que ver con la fe de la iglesia o la enseñanza de la Santa Escritura. La noción básica sobre la que se apoya toda la escatología de la escuela de Barth y la teología dialéctica es la distinción cualitativa entre la eternidad y el tiempo. Una y otra vez en las obras de teólogos dialécticos se enfatiza esta distinción. ¿Qué quieren decir con esta distinción? ¿Quieren decir simplemente que la eternidad no es tiempo, que sólo Dios es eterno, y que la criatura es necesariamente temporal; en otras palabras, que la eternidad no es tiempo indefinidamente prolongado?

Si este fuera el significado, no habría disputa. Sin embargo, este no es el caso. Ellos quieren decir algo completamente diferente. En la teología dialéctica, la eternidad está relacionada con el tiempo tanto como el sí al no. La eternidad lo es todo; el tiempo no es nada. Barth escribe:

Ese tiempo no es nada cuando se mide por el estándar de la eternidad, que todas las cosas son semblanza cuando se mide por su origen y por su fin, que somos pecadores, y que debemos morir, todas estas cosas lo son, aunque la barrera no sea para nosotros el lugar de salida.¹

Según Gogarten, la eternidad es en principio la disolución del tiempo. Todo en la esfera de la existencia terrenal y la vida, toda la historia, y el hombre, medidos por la eternidad, es nada: *Offenbarung und Zeit* (aparición y tiempo). La eternidad es el totalmente otro, y entre la eternidad y el tiempo está la línea de la muerte. La eternidad marca o limita el tiempo en cada lado. El "fin" no es un fin de los tiempos en el sentido cronológico, sino más bien el *Augenblick* (momento) en el que la eternidad se traspasa el tiempo —ahora en el momento de la revelación y para siempre en el momento de la muerte—. ² Esto, según Barth, es la verdadera escatología. Esta es la parusía de Cristo; esta es la *Auferstehung der Toten* (resurrección de los muertos). Que esta es en realidad la enseñanza de Barth y de todo el grupo de teólogos dialécticos es evidente desde la Epístola a los Romanos.

Siempre hay una tensión entre el 'Entonces' de nuestra existencia ecuánime y el 'Ahora' de nuestro perturbado recuerdo de inexistencia. Siempre hay una tensión entre los tiempos de la revelación que 'ya' han ocurrido, entre las obras que se han hecho 'ya', entre el Dios que ha sido 'ya' conocido, y nuestra espera para la ocurrencia existencial de lo que sólo aparentemente 'ya' tuvo lugar, nuestra espera y búsqueda del eterno 'Momento' de la Aparición, la Parusía, la Presencia de Jesucristo. Esta tensión de los tiempos tiene mucho o poco que ver con los conocidos mil novecientos años de la historia de la Iglesia —los cuales obviamente 'todavía no' han traído la Parusía todavía— como tiene que ver con esas semanas o meses durante los cuales la Epístola a los Romanos yacía en el baúl de Febe (16:1), o con los momentos que transcurrieron entre el dictar de Pablo y la escritura de Tercio (16:22). Porque la *hora* del despertar, el estruendo de la última hora, el tiempo de realización, que aquí se anuncia, ciertamente no se refiere a una hora cronológica sucesiva, como si la vida que procede de la muerte, la inexistencia por la cual toda "existencia" es disuelta, el *Ahora* que está entre todo el pasado y todo el futuro, podría ser un período de tiempo que sucede a otro período en el tiempo ... ¿habrá fin alguna vez de todo nuestro incesante discurso sobre el retraso de la Parusía? ¿Cómo puede retrasarse la llegada de aquello que no *entra*? El fin del cual habla el Nuevo Testamento no es un evento temporal, ninguna 'destrucción' legendaria del mundo; no tiene nada que ver con ninguna catástrofe histórica, o 'telúrica', o cósmica. El fin del cual habla el Nuevo Testamento es realmente el Fin;

¹ 1. Karl Barth, La Epístola a los Romanos, trans. Edwyn C. Hoskyns (Londres: Oxford University Press, 1957), pág. 43.

² El editor no pudo hacer referencia a esta descripción de Gogarten's Teología.

totalmente el Fin que en la medición de la cercanía o la distancia nuestros mil novecientos años no son meramente de poca, sino de ninguna importancia; tan absolutamente el Fin que Abraham ya vio el Día —y se alegró—.³

En *La resurrección de los muertos*, una especie de comentario sobre la primera epístola a los corintios, Barth bate una nota muy similar:

Al utilizar esta expresión [últimas cosas] pensamos involuntariamente en los acontecimientos y figuras pertenecientes a un futuro del mundo, de la humanidad y del individuo, que está envuelto en la oscuridad, que tal vez sea inmediatamente inminente, pero tal vez miles y miles de años de distancia de nosotros en el tiempo; pensamos en "el fin de la historia" en el sentido de la terminación de la historia, la historia en la terminación del cuento, del cuento de la vida del individuo, así como del cuento del mundo y de la Iglesia, de hecho, incluso de la historia natural, en una posibilidad más allá de aquellas que conocemos, pero siempre como nuevas, desconocidas y lejanas posibilidades que se unen a esta última en sucesión continua, aunque tal vez en medio de catástrofes sin precedentes, superándolas y perpetuando en un plano superior. ¿Por qué no debería haber "fines de la historia" y "últimas cosas" en este sentido también? ¿Por qué no merecería ser considerado seriamente? Los esfuerzos que abundan en todas las épocas y civilizaciones, nunca exitosamente suprimidos, pero nunca totalmente sin éxito en absoluto, para penetrar el secreto de la existencia continua en el tiempo, nos prohíben dejar completamente fuera de nuestros cálculos una consideración tranquila, de cualquier manera, según uno lo vea, una alegre o melancólica posibilidad. Puede que haya algo en ella. ¿Por qué no?

Además, las grandes transformaciones históricas, de dónde hemos surgido, y en medio de la cual estamos parados, la suposición que difícilmente se puede mantener fuera de la vista, que cosas completamente diferentes podrían estar esperando para nuestro llamado mundo civilizado en el cercano o remoto futuro, facilita nuestra apreciación de la posibilidad de que un último período de la historia, aunque tal vez sólo por un tiempo en la forma de una nueva era de hielo, la cual tiene un papel importante (realmente no inmerecido) en la teología de Troeltsch, podría amanecer en el todo. Y si la extinción de una estrella en el firmamento oscuro accidentalmente nos recuerda que en algún lugar, a una distancia que no podemos aprehender o imaginar, un mundo ha perecido de hecho y literalmente y se ha disuelto en sus átomos, quizá hace décadas o siglos, así que la consideración de que muy lejos y hace mucho tiempo tal cosa sucedió es, en todo caso, menos ingenioso que el otro, lo que es obvio para una mente poco sofisticada *iam proximus ardet Ucalegon* (Virgil "Ahora vecino Ucalegon está ardiendo") tal cosa podría sucedernos a nosotros incluso hoy en día. Como imágenes de "últimas cosas", tales posibilidades finales, que están tan lejos y sin embargo tan cerca de nosotros, bien podrían ser instructivas y estimulantes, especialmente si nosotros infelizmente somos indiferentes a las señales obvias de las "últimas cosas", las edades de hielo y el destino de los mundos expirados en el pasado y el presente, por el que estamos, sin recurrir a la metempsychosis, rodeados.

Pero las "últimas cosas", en el sentido de 1 Co. 15 y en el sentido del Nuevo Testamento en general, *no* son tales posibilidades finales, por más reales que parezcan a nuestros ojos. Ni siquiera si los concebimos sólo como etapas preliminares a transformaciones físico-metafísicas, cósmico-metacósmicas y revoluciones de un tipo incomparable. Ni siquiera si la imagen de este telón de fondo del fin de la historia está compuesta y construida con material tomado de la Biblia y tal vez incluso de 1 Cor. 15. "Todo transitorio" es sólo una parábola; que incluso los objetos del mundo bíblico de

³ Karl Barth, *The Epistle to the Romans [La Epístola a los Romanos]*, 499, 500.

la aprehensión pertenecen al transcurrir; que están destinados a servir y no a gobernar, a significar y no a ser, la Biblia, en todo caso, nos deja sin duda. Las últimas *cosas*, como tales, no son las últimas cosas, por grandes y significativas que sean. El sólo habla de las *últimas* cosas quien hablaría del *fin* de todas las cosas, de su fin entendido clara y fundamentalmente, de una realidad tan radicalmente superior a todas las cosas, que la existencia de todas las cosas estaría completa y totalmente *basada* en ella sola y, por lo tanto, al hablar de su fin, él en verdad estaría hablando de nada más que de su comienzo. Y cuando él habla del fin de la historia y del fin del tiempo, sólo habla del *fin* de la historia y del *fin* de los tiempos. Pero una vez más de su fin, entendido fundamentalmente, por lo tanto, claramente, de una realidad tan radicalmente superior a todo acontecimiento y toda temporalidad, que, al hablar de la finitud de la historia y la finitud del tiempo, él también está hablando de aquello sobre lo cual todo el tiempo y todo acontecimiento está *basado*. El fin de la historia debe ser para él sinónimo de la prehistoria, los límites del tiempo del que habla deben ser los límites de todo y cada tiempo y, por lo tanto, necesariamente el *origen* del tiempo.⁴

Ahora entenderemos que según Barth el fin no debe ser concebido cronológicamente, porque entonces el fin no podría ser el principio. Pero a medida que el fin se concibe metafísica o ideológicamente, de modo que es el límite de tiempo marcado por la eternidad, podemos entender que según Barth el fin de los tiempos es al mismo tiempo el comienzo de la eternidad; ese tiempo, que en sí mismo no es más que vanidad y muerte, se basa en la eternidad, que es la vida y la resurrección; y que la eternidad es el origen del tiempo. Barth escribe aún más:

Las representaciones de las "últimas cosas" o de el "fin de la historia" injertadas en el lenguaje y el mundo de la aprehensión de la Biblia tiene, por primitivos que sean en ciertas circunstancias, al menos la gran ventaja sobre otras cosas similares, que la idea de la eternidad, al menos según el nombre y el lugar, no es del todo desconocido para ellas. Las "últimas cosas", aunque sean arregladas ponderadamente en secuencia, la historia final, con cualquier complicación que pueda ser hilada, aquí llegan a ser, voluntaria o involuntariamente, el fin de todas las cosas, el fin de la historia, en la medida en que, donde la idea de la eternidad no es del todo desconocida, el final real por fin, la absorción de todo esto y aquello, todo aquí y allá, todo una vez y ahora en la solemne paz del Uno, se encuentra que ocurre en un lugar definido. Aquí, si esta idea en su poder justificativo es incluso hasta cierto punto conocida, uno es en todo caso preservado de hundirse como un borracho en el abismo sin fondo de un supuesto futuro absoluto, y, como el judío eterno, si no vagando entre, en todo caso reflexionando sobre, la sucesión de millones de años, o incluso la sucesión de aeons, y considerar el resultado de esto como escatología. De alguna manera y en algún lugar la serie infinita es apta para llegar a un alto en un pensamiento de alguna manera determinado por la Biblia, la serie infinita se convierte así en una finita, en vista de la pared insuperable que se coloca contra ella por la eternidad donde Dios es todo y en todos. Aquí no puede ser olvidado y pasado por alto del todo que la eternidad, de la que otros tal vez también hablan, es la eternidad de *Dios*, es decir, el *gobierno*, el *Reino* de Dios, Su *trascendencia* absoluta como Creador, Redentor y Rey de las cosas, de la historia; por lo tanto, no sólo la infinidad del mundo del tiempo, de las cosas, sobre todo de los hombres, sino, aunque puede soportar con la debida prolongación de la existencia de ellos hacia un más allá, su finitud fundamental. La fuerza de esta idea bíblica de la eternidad está sosteniendo hoy a un hombre como Kuno Fiedler con su apasionado evangelio del "Amanecer del nihilismo".

⁴ Karl Barth, La Resurrección de los Muertos, trans. H. J. Stenning (Nueva York: Fleming H. Revell, 1933), 101-104.

Pero aquí no nos detengamos a mitad de camino. El conocimiento de que es la eternidad de Dios la que establece un límite al sinfin del mundo, del tiempo, de las cosas, de los hombres, debe hacerse fructífera. La *última* palabra que se habla aquí debe entenderse como la última palabra que al mismo tiempo puede entenderse como la *primera* palabra, la historia del fin al mismo tiempo, y, como tal, la historia del principio —como la primera palabra, y como la historia del comienzo de todos los tiempos, de todo el tiempo, de las edades más antiguas, así como de las últimas edades, y de todas las edades situadas en el centro—. El tiempo como tal es finito en virtud de su limitación por la eternidad. Pero como la palabra que primero establece y como la historia del principio debe entenderse, como la palabra y la historia del origen de todos los tiempos, del todo del tiempo. Porque si la eternidad limita y pone fin al tiempo como tal, lo marca de hecho como finito, pero lo *marca*. Quien lo comprende claramente, es eliminado de la tentación de confundir el fin de la historia con la terminación de la historia, por impresionante y maravillosa que sea. Del *verdadero* fin de la historia se puede decir en cualquier momento: ¡El final está cerca! Incluso de una época de las catástrofes más grandes e impresionantes del tipo más sobrenatural sólo esto podría decirse fundamentalmente: ¡El final está cerca! y eso se aplica fundamentalmente también a ayer, hoy y mañana. Pero él también será removido de la otra tentación, de confundir la eternidad con una gran aniquilación, y de hacer del fin de la historia una aniquilación de la historia. Eso, de hecho, no sería una eternidad real, ni siquiera la eternidad de Dios, la cual disuelve el tiempo en el infinito, en lugar de marcarlo (*marcarlo*) como infinito. Un pensador que obedece enteramente y no sólo en parte las impresiones de la Biblia, entonces, debe pasar justo a través de estas dos tentaciones. La doctrina de las "últimas cosas" o la escatología es, por lo tanto, a menos que esta concepción se explique muy a fondo, una descripción engañosa y, en cualquier caso, inadecuada de lo que Pablo expuso en 1 Co. 15.⁵

Por lo tanto, es muy evidente que cuando Barth habla de escatología, utiliza un lenguaje completamente diferente del que la iglesia siempre ha hablado y de lo que la Escritura habla, especialmente en el Nuevo Testamento. Según Barth, el fin de las cosas no tiene nada que ver con el tiempo en su sucesión cronológica, y siempre está cerca porque la eternidad siempre marca el tiempo. El fin es el principio porque el tiempo tiene su origen en la eternidad, y el tiempo se basa en la eternidad.

Aunque nuestra cita ya es larga, pero para presentar a Barth y su escuela bajo una luz tan clara como sea posible, citaremos un poco más:

Si la suposición sobre la que hemos procedido hasta ahora en nuestro comentario es correcta, que el discurso del apóstol en toda la Epístola procede de un solo punto y se remonta de nuevo a este mismo punto, y que 1 Cor. 15 debe entenderse como un intento de expresar en palabras este único punto en sí mismo, separado de las relaciones en las que hasta ahora casi sólo era visible, entonces la doctrina de la Resurrección de los Muertos que él expone aquí no es en ningún caso una "escatología" en el sentido en el que se adhiere a esta palabra en dogma ordinaria, es decir, un intento, después de hablar de todo lo demás posible, de presentar algo sobre la muerte, el más allá y la perfección del mundo, pero tenemos que ver aquí con la doctrina del "Fin", que es al mismo tiempo el principio, de las últimas cosas, que son, al mismo tiempo, las primeras. El capítulo trata de la muerte y los muertos, en marcado contraste con la abundancia de las posibilidades de la vida que fue el tema del capítulo 14. Todas las cosas que a los cristianos de Corinto se les pidió pusieran en sus corazones previamente de repente aparecen aquí a la luz pálida del hecho de que ellas deben morir.

⁵ 5. Ibid., 104-107.

Verdaderamente, esto no es un recuerdo entre otros recuerdos: es *el* recuerdo que Pablo quiere despertar. Pero el tema debe de ser la *resurrección* de los muertos. Sólo eso da sentido y énfasis al recuerdo. ¿Cuál es el fin, si es sólo el fin? ¿Qué es la eternidad, si sólo es la eternidad? ¿Qué puede tocarnos, cuando no somos, cuando no sabemos, cuando no podemos tener? Sin embargo, con la palabra "resurrección", la predicación apostólica pone en este lugar vacío contra todo lo que existe para nosotros, todo lo que nos es conocido, todo lo que puede ser poseído por nosotros, todas las cosas de todos los tiempos —¿qué? no el no-ser, lo desconocido, lo no-ser-poseído, ni todavía un segundo ser, una cosa más adelante para ser conocida, una posesión futura más elevada, pero la fuente y la verdad de todo lo que existe, que es conocido, que puede pertenecer a nosotros, la realidad de todas las *res*, de todas las cosas, la eternidad del tiempo, la *resurrección* de los muertos—. Pero que sea entiendo: todo esto exactamente en ese lugar vacío, y por lo tanto exactamente donde sólo la concepción indiferente de lo inexistente, desconocido, inconcebible parece tener espacio, donde sólo la disolución de todas las cosas y fenómenos parece estar en cuestión, donde sólo la contradictoria aserción de la infinidad de tiempo parece ser dejada, donde la muerte parece ser la última palabra. Lo muerto: eso es lo que somos. Lo resucitado: eso es lo que no somos. Pero precisamente por esta razón la resurrección de los muertos implica que aquello que *no somos* es equivalente a lo *que somos*: lo muerto viviente, tiempo eternidad, el ser verdad, las cosas reales. Todo esto no es dado excepto en esperanza, y por lo tanto esta identidad no debe ser puesta en práctica. La vida que nosotros los muertos estamos viviendo aquí y ahora no es, por lo tanto, para ser confundida con *esta* vida, de la cual sólo podemos decir que aún no estamos viviendo en ella; la infinidad del tiempo no debe confundirse con la eternidad; la corporeidad de los fenómenos no debe confundirse con *esta* realidad; el ser que conocemos o podemos conocer no debe confundirse con *este* su origen, en su verdad; el paso agudo y fundamental que separa el postrero de lo primero, como lo imposible de lo posible, no debe ser removido, sino *dado* en esperanza —en esperanza, en la identificación del primero con el postrero, la resurrección de los muertos ya *efectuado* en Dios. Esto es lo que hay detrás del recuerdo del hecho de que debemos morir, lo cual aquí al final de la Epístola finalmente aparece en la escena después de proyectar su sombra suficientemente antes. El recuerdo de la muerte es tan importante, tan urgente, tan perturbador, tan real porque es de hecho realmente las nuevas de la resurrección detrás de ella, el recuerdo de la *vida*, de nuestra vida que no estamos viviendo y que sin embargo es nuestra vida. Por lo tanto, el final de la Epístola es también su comienzo, su principio que apoya y acciona el todo, porque no es sólo una terminación, sino el final.⁶

Si todo esto significa algo en absoluto, significa que al final y en la resurrección (en el sentido barthiano), no seremos más temporales sino eternos. El tiempo será tragado en la eternidad. Esta no es ciertamente la enseñanza de la Sagrada Escritura, ni de la iglesia. Aunque en la era venidera seremos duraderos, y el tiempo tal como lo conocemos ahora ya no existirá, sin embargo, incluso en esa era futura seguiremos siendo criaturas y, por lo tanto, temporales. Sólo Dios es eterno, y nunca llegaremos a ser como él. La diferencia cualitativa entre Dios y la criatura, entre la eternidad y el tiempo, existirá en la era futura, así como en la era presente.

⁶ Ibid., 107-109.

Panteísmo y evolucionismo

¿Cuál es la idea del fin de todas las cosas, de la consumación de la época (*consummatio saeculi*), del fallecimiento de la forma de este mundo, y de la renovación de todas las cosas?

Es lógico que el panteísmo no conozca ni pueda conocer tal consumación. La consumación de todas las cosas presupone a un Dios dispuesto y que emite decretos, que es antes de todas las cosas, que hizo todas las cosas de acuerdo a su propio consejo para un fin y propósito definidos, y que por ese consejo controla y guía todas las cosas hasta el fin que Él tiene en mente.

Sin la presunción de este consejo de un Dios personal, el mundo no puede tener ningún propósito ni destino al que fue llamado a ser. Y sin una providencia toda-gobernante, según la cual Dios controla todas las cosas de acuerdo con su buena voluntad, no puede haber una línea o estabilidad definida en el desarrollo de todas las cosas, y no hay garantía de que alcancen el propósito al que fueron llamados a ser. El panteísmo no reconoce nada acerca de un Dios de voluntad y consejo que es tan distinto de todas las obras de sus manos como el eterno es distinto de lo temporal y como el infinito es distinto de lo finito, aunque él nunca está separado de las obras de sus manos. El panteísmo sólo reconoce a un ser y llegar a ser eterno, un continuo de llegar a ser y perecer siempre-recurrente y retornante. No reconoce un comienzo definitivo del mundo. No tiene respuesta a la pregunta, ¿de dónde? Por lo tanto, no puede tener una respuesta a la pregunta, ¿a dónde?

La misma inhabilidad es verdad para toda forma de filosofía evolucionista. El evolucionismo tampoco puede encontrar un comienzo, ya sea que comience su filosofía del mundo con una célula original o con una niebla ardiente. El evolucionismo no puede concebir el comienzo de las cosas, y no puede concebir una consumación del mundo. Sólo puede hablar de un curso siempre-progressivo de desarrollo.

La idea bíblica del fin

Sólo por fe "entendemos haber sido constituido el universo por la palabra de Dios, de modo que lo que se ve fue hecho de lo que no se veía." (Heb. 11:3).

Todo en la creación es testigo no sólo de un principio, sino también de un fin. El día comienza con el alba en el este y encuentra su fin en la puesta del sol en el horizonte occidental. Cuando en la primavera el viento del sur calienta la atmósfera, toda la naturaleza es despertada, y pronto los árboles están adornados con el atuendo de su rico follaje. Pronto su frondoso verdor se marchita, y se despojan de sus hojas. El hombre nace y permanece por la flor de la juventud de su vida; pero en después declina hacia la tumba, y su existencia terrenal se termina para siempre. Así es con todas las cosas.

No podemos pensar en la tierra sin un comienzo más de lo que podemos concebirla sin un fin. Hay una medida limitada de poder y medios, una limitación del lugar y el espacio, que en última instancia entrará en conflicto con la existencia y el desarrollo de las criaturas vivientes y de las naciones del mundo. Además, la historia del mundo mismo requiere una consumación. Toda lucha, trabajo y perturbación, toda culpa y pecado, todo sufrimiento y dolor, y toda injusticia y opresión en la historia del mundo claman en voz alta por un día en el que todo lo que

parece estar torcido desde un punto de vista ético será hecho recto. No es necesario causar ninguna sorpresa que también fuera de la esfera de la revelación la cuestión del "adónde", la cuestión de la escatología siempre haya sido considerada seriamente.

De tal consumación y de un día mejor en el que todas las cosas se renovarán, la palabra de Dios habla muy claramente. No sólo habla de esta edad (αἰὼν οὗτος), sino también de una edad venidera (αἰὼν μέλλων); no sólo de una edad presente (הַיּוֹם הַזֶּה), sino también de la edad futura (הַיּוֹם הַבָּא). La revelación de Dios en las Escrituras comienza con Dios y termina con él. El es el Alfa y la Omega (Ap. 1:8). De él, por él, y para él son todas las cosas (Rom. 11:36). La Escritura no comienza con un dualismo, como lo hicieron los paganos de antaño, sino con una unidad. Esa unidad de todas las cosas está en Dios mismo. Sólo desde él se pueden explicar todas las cosas, no en el sentido panteísta, como si Dios fuera todas las cosas y que todas las cosas emanaron de su ser, sino de tal manera que detrás y ante todo se encuentra el Dios de decretos, que realiza toda su buena voluntad.

En ese consejo de Dios, el fin de todas las cosas fue propuesto antes del comienzo. El consejo del Dios de voluntad e inteligente propuso para todas las cosas un Τέλος, un propósito, un fin, un destino. Con ese fin y propósito todas las cosas están adaptadas, y hacia ese fin todas las cosas se apresuran con infalible certeza bajo el todopoderoso control y la dirección del Dios viviente.

Sólo cuando se alcance ese propósito final como el fin de todas las obras de Dios, a través del profundo camino del pecado y de la gracia, se terminará la era actual, y la era futura será inaugurada.

La prueba bíblica para el Fin

En todas partes las Escrituras hablan de un día en el que la historia y todas las cosas terrenales serán consumadas. Los profetas del Antiguo Testamento vieron ese día como un día de gran ira, un día de angustia y penumbra, y un día de tristeza y gran oscuridad:

Cercano está el día grande de Jehová, cercano y muy próximo; es amarga la voz del día de Jehová; gritará allí el valiente. Día de ira aquel día, día de angustia y de aprieto, día de alboroto y de asolamiento, día de tiniebla y de oscuridad, día de nublado y de entenebrecimiento, día de trompeta y de algazara sobre las ciudades fortificadas, y sobre las altas torres. Y atribularé a los hombres, y andarán como ciegos, porque pecaron contra Jehová; y la sangre de ellos será derramada como polvo, y su carne como estiércol. Ni su plata ni su oro podrá librarlos en el día de la ira de Jehová, pues toda la tierra será consumida con el fuego de su celo; porque ciertamente destrucción apresurada hará de todos los habitantes de la tierra. (Sof. 1:14—18).

Tocad trompeta en Sion, y dad alarma en mi santo monte; tiemblen todos los moradores de la tierra, porque viene el día de Jehová, porque está cercano. Día de tinieblas y de oscuridad, día de nube y de sombra; como sobre los montes se extiende el alba, así vendrá un pueblo grande y fuerte; semejante a él no lo hubo jamás, ni después de él lo habrá en años de muchas generaciones. (Joel 2:1, 2).

Visita www.micaias.org para más traducciones y otros materiales.

Los profetas hablaron de un día de Jehová (יהוה יום) que sería inaugurado por señales y maravillas en los cielos y en la tierra:

Y daré prodigios en el cielo y en la tierra, sangre, y fuego, y columnas de humo. El sol se convertirá en tinieblas, y la luna en sangre, antes que venga el día grande y espantoso de Jehová. Y todo aquel que invocare el nombre de Jehová será salvo; porque en el monte de Sion y en Jerusalén habrá salvación, como ha dicho Jehová, y entre el remanente al cual él habrá llamado. (Joel 2:30-32).

Más claramente esto se expresa en el Nuevo Testamento. Los profetas de la antigua dispensación todavía veían todo el panorama de la nueva dispensación como un momento, como un día, y por lo tanto ellos usualmente no hacían distinción entre la primera y la segunda venida de Cristo, entre el juicio que vendría sobre Israel como una nación y el juicio que vendría sobre el mundo entero, ni entre la venida del Señor en la unción del Espíritu Santo y en la parusía. Incluso el Señor mismo habló con frecuencia a sus discípulos acerca de la destrucción de Jerusalén y del fin del mundo en un mismo enunciado. Sin embargo, el Nuevo Testamento habla más claramente acerca del día del Señor que el Antiguo Testamento. El Nuevo Testamento Habla de ello como el día de la ira (ἡμέρα ὀργῆς —Rom. 2:5—), el día del juicio (ἡμέρα κρίσεως —Mateo 10:15—), el último día (ἔσχατη ἡμέρα—Juan 6:39, 40, 44, 54; Juan 11:24), y el fin de las edades (τὰ τέλη τῶν αἰώνων —1 Cor. 10:11—).

Ese día es el día de nuestro Señor Jesucristo (1 Co. 1:8; Fil. 1:6). Es el día en que tendrá lugar la regeneración (παλιγγενεσία) de todas las cosas (Mateo 19:28), el día de la restitución de todas las cosas (ἀποκαταστάσεως πάντων —Hechos 3:21—). Es el día por el cual toda la creación anhela con la vista bien en alto, porque entonces la criatura será liberada de la esclavitud de la corrupción y participará de la gloriosa libertad de los hijos de Dios (Romanos 8:19–22). Es el día en que los mismos elementos perecerán con calor ardiente, y que inaugurará los nuevos cielos y la nueva tierra en donde mora la justicia (2 P. 3:10-13).

La teoría de Abraham Kuyper

¿Cuál es la idea de este fin o de esta consumación en relación con la creación y toda la historia del mundo? No podemos estar de acuerdo con el Dr. Kuyper, quien esencialmente hace un interinato de la historia de este mundo actual.

La gracia común es dada para continuar el desarrollo de nuestra raza humana, incluso a pesar de Satanás, precisamente en ese punto donde el pecado habría restringido y destruido ese desarrollo. A pesar de los cambios introducidos por el pecado, el gran plan de Dios continúa. La humanidad del hombre continúa, esa humanidad tiene su historia, y en esa historia pasa por un proceso. Este proceso debe desarrollar aquello que el mandato creacional escondió en el brote, y la gracia común es el instrumento santo por el cual Dios realiza este proceso, aun a pesar del pecado.⁷

Según la teoría de Kuyper, Dios tenía en mente un propósito original en el mandato creacional. A pesar de todos los intentos del pecado y de Satanás, Dios se lleva a cabo este

⁷ Abraham Kuyper, De Gemeene Gratie (Gracia común), 3 vols. (Amsterdam: Hoveker & Wormser, 1902), vol. 2, 24.

mandato. Aunque Satanás se opone a este propósito de Dios; sin embargo, el Señor hace que su creación se desarrolle y alcance el propósito, el destino, que sin el pecado ella debería haber alcanzado.

Esto se lleva a cabo a través de lo que Kuyper llama gracia común. El sostiene que, si la gracia común no hubiera intervenido y comenzado a operar inmediatamente después de la caída, el fin de todas las cosas habría sido alcanzado en el paraíso con el comer del hombre del fruto prohibido. El mundo entero habría recaído en un estado caótico. Adán habría muerto la muerte completa y eterna. No habría habido historia ni desarrollo de la raza humana en el mundo. Como resultado, no habría habido espacio para el establecimiento y desarrollo del pacto de gracia de Dios en Cristo. Los elegidos no habrían nacido. Cristo no habría venido. Las obras de Dios habrían sido completamente echados a perder y destruidos por las artimañas de Satanás. El propósito del diablo habría sido alcanzado. Sin embargo, por su gracia común Dios intervino. El universo no sufrió destrucción. El hombre no murió de inmediato. La idea divina original en el mandato creacional puede ser y es llevado a cabo en la historia de este mundo. Al mismo tiempo una esfera es creada para la realización y el desarrollo de la gracia especial en Cristo Jesús.

Kuyper, por lo tanto, concibe la obra de Dios de una manera dualista. Dios tenía un propósito original con la creación, el desarrollo normal de todas las cosas bajo el hombre como su rey. Este propósito aparentemente se vio frustrado por la tentación del diablo y el pecado. Sin embargo, a través de la operación de la gracia común, Dios lleva a cabo la idea original y produce un desarrollo positivo de la raza humana en relación con la creación terrenal. Dios también lleva a cabo su propósito de predestinación en la redención de los elegidos y la condenación de los reprobados. Kuyper realmente hace un interinato de la historia de este mundo presente.

La escatología y el propósito de Dios

Sobre la base de la Sagrada Escritura, no podemos estar de acuerdo con la teoría de Kuyper. En cambio, debemos proceder de la idea orgánica completamente bíblica, que es llevada a cabo en toda la creación. Todas las criaturas son una. Dios no creó en el principio un agregado de criaturas, sueltas e independientes unas de otras, sino un mundo, un cosmos, un todo armónico y orgánico. Dios es uno; el mundo es también uno. En medio de esa creación terrenal estaba el hombre. Dios lo había formado a su propia imagen para que en un sentido criatural él se pareciera a Dios en verdadero conocimiento, justicia y santidad. Este hombre estaba a la cabeza de la creación como rey sobre el mundo terrenal, y estuvo en el pacto de amistad de Dios desde el principio. En esa relación de pacto Dios sería amigo soberano del hombre y le haría probar la bendición de la comunión de su amistad, que es la vida. En esa relación de pacto, el hombre permaneció como amigo-siervo del Altísimo, para representarlo en la creación terrenal, para tomar en su propio corazón la alabanza y el honor de todas las criaturas, para interpretar y expresar esa alabanza y honor ante el rostro de Dios, amar al Señor su Dios con todo su corazón, y en el nombre y según la voluntad de Dios de gobernar sobre todas las criaturas. El hombre tenía un oficio —profeta, sacerdote y rey portador del oficio— con la comisión —el mandato y el derecho, el poder y la autoridad— de subyugar la creación bajo sí mismo y de cultivarla. En su corazón estaba el centro espiritual y ético de la creación de Dios. A través de ese punto central,

toda la creación se unió en el amor a Dios mismo. También las criaturas, cada una de acuerdo con su naturaleza, fueron tomadas en el pacto de amistad de Dios y compartieron el buen favor del Señor. Esas criaturas, sostenidas por el poder omnipresente de Dios, también estaban a través del hombre al servicio de Dios, cada una en su propio lugar y de acuerdo con su propia naturaleza. Incluso hoy en día el Señor Dios sostiene y gobierna a todas las criaturas para que sirvan al hombre, a fin de que el hombre sirva a su Dios.⁸

En esta relación armónica de todas las cosas con Dios, una brecha fue interpuesta por el pecado. Debemos enfatizar inmediatamente que la brecha fue interpuesta en el centro espiritual y ético del cosmos terrenal, en el corazón del hombre. El hombre violó el pacto de Dios. La ruptura fue de carácter espiritual y ético.

El pecado no trajo consigo un cambio *esencial* en la relación de las cosas. El pecado no puede tener como resultado ni la destrucción o aniquilación de la creación, ni un cambio esencial en la relación mutua entre las criaturas y la relación de las criaturas con el hombre, aunque las relaciones fueron perturbadas y empañadas. La creación no podría haberse convertido en caos si la gracia común no hubiera intervenido. Sin duda, en su conexión con el hombre, la criatura lleva temporalmente la maldición; está sujeto a vanidad. Pero el pecado no rompió la unidad de la creación; la afinidad orgánica y natural de la creación continuó. Ciertamente, el hombre caído se volvió muy limitado en sus dones, facultades y luz natural; él retuvo simplemente restos de sus antiguas facultades. Pero incluso en su estado caído mantuvo su posición a la cabeza de la creación. Aunque no se puede decir que el hombre sigue teniendo un cargo oficial delante de Dios en el sentido de su derecho a servir en la casa de Dios, como cabeza de la creación, ciertamente sigue estando ante la demanda de servir a su Dios en amor, con todos sus dones, medios y talentos. Sin embargo, él no puede ni quiere ni puede querer servir a Dios debido a la violación espiritual y ética en la relación del hombre con Dios. La vida de su corazón fue subvertida en su mismo opuesto. La obra de la imagen de Dios, mediante la cual el hombre con mente y voluntad y toda su fuerza era dirigida a Dios en el estado de rectitud, fue convertido en su opuesto.

No debemos decir que el hombre a través de la caída simplemente perdió la imagen de Dios. Es aún menos correcto mantener que perdió esa imagen de Dios sólo en parte. Si este último pensamiento es el resultado de distinguir la imagen de Dios en un sentido más estrecho y más amplio, sería mejor abandonar esta distinción por completo. Por el contrario, debemos mantener que la imagen de Dios se convirtió en su opuesto. La luz del hombre se convirtió en oscuridad; su conocimiento se transformó en la mentira; su justicia se convirtió en iniquidad; su santidad se convirtió en impureza y rebelión en todas sus deseos e inclinaciones; su amor se convirtió en enemistad contra Dios. El pecado no es simplemente un defecto o una falta, sino que es *privatio actiosa* (privación activa). El siervo y amigo pactual del Señor llegó a ser amigo y aliado pactual del diablo.

Aun así, el Señor continuó sosteniendo y gobernando la creación por su poder providencial, que no tiene nada que ver con la gracia común. Toda la existencia orgánica de las cosas no se vio afectada esencialmente. Si ningún cambio superior fue traído en este estado de las cosas, el resultado final de la historia sería que el fruto espiritual y ético completo de la vida de la creación sería lo opuesto a lo que debería ser de acuerdo con el mandato creacional de Dios.

Pero este no es el caso. El pecado del hombre y la maldición sobre la creación, aunque se llevó a cabo a través de la desobediencia intencional del primer hombre, sin embargo, tuvo lugar

⁸ Confesión Belgic, Arte. 12 en CC, vol. 3, 395, 396.

de acuerdo con al consejo y la voluntad de Dios. Desde el punto de vista de Dios, los accidentes nunca ocurren. ¡Dios es Dios! Él está en el cielo y realiza toda su buena voluntad (Sal. 115:3), no simplemente *a pesar* de los intentos de Satanás y el pecado, sino *a través* de estos mismos intentos. En todo momento, Dios procede directamente a su objetivo. No hay interinato. Dios nunca es impedido por su creatura de llevar a cabo su consejo. Con Dios no hay cambio ni sombra de variación. También la caída es totalmente de acuerdo con el consejo de su voluntad y sirve en la realización de su propósito, ya que él ha proporcionado algo mejor para su pueblo; su objetivo no se alcanzó con el reposo del séptimo día. Ese reposo fue sólo algo figurativo del descanso eterno en el tabernáculo eterno y celestial, en el reino eterno en el que todas las cosas estarán unidas en Cristo como su cabeza, cuando todas las cosas en el cielo y en la tierra se concentrarán eternamente en el corazón de Cristo. Cristo es la imagen del Dios invisible, el primogénito de toda la creación como cabeza del cuerpo, como el comienzo, y como el primogénito de entre los muertos, para que en todas las cosas él sea primero. A través de él, todas las cosas en el cielo y en la tierra fueron creadas, visibles e invisibles, ya sean tronos, dominios, principados o potestades, todas las cosas fueron creadas por él y para él. por cuanto agradó al Padre que en él habitase toda plenitud (Col. 1:15-19).

Así es de acuerdo con el decreto eterno de Dios. El pacto eterno de amistad de Dios debe establecerse no en el primer Adán, sino en Cristo, y debe ser llevado a cabo por él hasta su destino final, eterno y celestial, cuando el tabernáculo de Dios estará con los hombres (Ap. 21:3). Por lo tanto, inmediatamente después de la caída del hombre, Dios mantuvo su pacto a pesar de Satanás y el pecado, pero ahora, el pacto está establecido eterna y firmemente en Cristo. Mediante la realización de ese pacto inmediatamente en la caída, la amistad con Satanás en el corazón del hombre fue abolida, y a través de la operación de la gracia la enemistad fue forjada en el corazón del hombre contra el diablo.

Aquí, sin embargo, nos enfrentamos al decreto de predestinación. No todos los hijos de Adán han sido predestinados a entrar en el pacto eterno de la amistad de Dios. La gracia sigue la línea de la elección. Sólo el núcleo se ve afectado por la gracia. El caparazón o la estructura es rechazada. Es precisamente a través de la predestinación que la antítesis es llevada a cabo en medio del mundo. El hecho es que también hoy en día las criaturas en el sentido natural siguen existiendo en una conexión orgánica y afinidad. De una sangre Dios creó a toda la raza humana. Desde un punto de vista meramente natural, todos los hombres son uno, y el hombre siempre sigue estando en conexión orgánica con el cosmos, en medio del cual se mueve y se desarrolla. Ni la gracia ni el pecado provocan un cambio esencial en la existencia temporal de las cosas. No hay dualismo. La naturaleza y la gracia no se oponen entre sí, no son contrarios. Incluso ahora la gracia nunca puede convertirse en la causa para que el hombre, que es partícipe de ella, salga del mundo. Ciertamente, la antítesis del pecado y la gracia es llamada a ser por la brecha del pecado y la entrada de la gracia a medida que se desarrolla a lo largo de la línea de la elección. Sin embargo, todas las cosas siguen existiendo y desarrollándose de acuerdo con su propia naturaleza, en afinidad orgánica y natural, sostenidas por el poder todopoderoso de Dios. Pero en medio de esta existencia temporal de las cosas surge y desarrolla la antítesis espiritual y ética del pecado y la gracia, de la luz y de las tinieblas, del amor de Dios y de la enemistad contra él, de la vida y de la muerte, del cielo y del infierno. A través de todo esto, Dios hace toda su buena voluntad y conduce todas las cosas al destino eterno, la separación eterna de la cizaña y el trigo, la realización de su pacto sempiterno.

A la luz de lo anterior, se entenderá fácilmente que no podemos hablar de una gracia común, ni ver la historia de este tiempo presente como un interinato en el que Dios mantiene su

idea u mandato creacional original. La criatura pecadora y corrupta nunca puede ser agradable a Dios, pero siempre es el objeto de su aversión, ira, indignación, odio y maldición. Sólo cuando la criatura se incorpora a Cristo y se considera eternamente en él, esa criatura puede ser agradable a Dios y ser el objeto de su favor soberano. Sólo del consejo eterno de la elección puede la gracia de Dios en Cristo salir a él. Y este es el caso. Ahí procede de la buena voluntad eterna de Dios en Cristo una operación de gracia sobre el núcleo elegido de nuestra raza en relación con el todo orgánico de todas las criaturas. Por la maravilla de la gracia ese núcleo elegido en Cristo — siempre en relación con el conjunto de las cosas— es redimido, salvado, liberado, glorificado, levantado de la oscuridad, la culpa, el pecado, la muerte, la maldición y la vanidad, al estado de la gloria celestial del pacto de Amistad de Dios. Por el contrario, la ira de Dios permanece sobre el caparazón reprobado fuera de Cristo. Una operación procede de la ira, la indignación, la repulsión y endurecimiento de Dios, por lo que este caparazón reprobado llega a ser maduro para la destrucción.

En todo esto, de acuerdo con su consejo eterno, Dios procede directamente a su meta. El nunca toma un atajo, el nunca retrocede sus pasos. Su trabajo nunca se frustra. Su propósito nunca se ve frustrado en ningún momento de la historia. No hay un interinato ni un intento de realizar el mandato creacional original a pesar de Satanás y el pecado del hombre. Todas las cosas se desarrollan en línea recta de acuerdo con el consejo de Dios. Este desarrollo y funcionamiento de la gracia y la aversión de Dios, trayendo y desechando, bendiciendo y maldiciendo, suavizando y endureciendo, continúa constantemente, de acuerdo con su eterna voluntad y en relación con el funcionamiento de su providencia y el desarrollo de la raza humana. En el sentido real, nunca se puede hablar de una alto o restricción de este proceso. Sin duda, el final no aparece inmediatamente al principio. Esto no podría ser. El desarrollo o proceso de gracia y pecado está de acuerdo con la buena voluntad de Dios y está conectado por su control y gestión providencial con la existencia orgánica de todas las cosas. Pero este proceso no está refrenado. Procede tan rápido como sea posible. Cristo viene rápidamente, y su galardón está con él, para recompensar a cada uno según sea su obra (Ap. 22:12).

Por la doctrina de las últimas cosas, entonces, entendemos la consumación final y la realización del consejo de Dios, el cual, a lo largo del camino del pecado y la gracia, la muerte y la maldición, así como la maravilla de la salvación en Cristo, es finalmente llevada a cabo en el reino y el pacto eternos de Dios donde el tabernáculo de Dios estará con los hombres.

Diferentes aspectos de la escatología

En este último locus de dogmática, se producen cuatro elementos principales que deben ser tratados.

El primer elemento incluye, en un sentido general, todas las cosas que deben tener lugar en esta dispensación desde el momento de la exaltación de Cristo hasta el momento de la parusía. En cierto sentido podemos decir que Cristo ha venido y que todas las cosas se han cumplido en él por su muerte, resurrección y exaltación, así como por el derramamiento del Espíritu Santo. En este sentido, toda la nueva dispensación es sin duda el día del Señor (ἡμέρα τοῦ κυρίου). En Pentecostés el apóstol Pedro pudo aplicar la profecía de Joel al derramamiento del Espíritu Santo ese día:

Visita www.micaias.org para más traducciones y otros materiales.

Mas esto es lo dicho por el profeta Joel: Y en los postreros días, dice Dios, Derramaré de mi Espíritu sobre toda carne, Y vuestros hijos y vuestras hijas profetizarán; Vuestros jóvenes verán visiones, Y vuestros ancianos soñarán sueños; Y de cierto sobre mis siervos y sobre mis siervas en aquellos días Derramaré de mi Espíritu, y profetizarán. Y daré prodigios arriba en el cielo, Y señales abajo en la tierra, Sangre y fuego y vapor de humo; El sol se convertirá en tinieblas, Y la luna en sangre, Antes que venga el día del Señor, Grande y manifiesto; (Hechos 2:16-20).

El segundo elemento es el estado intermedio, el estado del alma inmediatamente después de la muerte y antes de la resurrección final. En este sentido, también debemos tratar la verdadera idea bíblica de la inmortalidad en distinción de la noción filosófica de la inmortalidad como existencia sin fin.

El tercer elemento incluye los acontecimientos que preceden y preparan la venida de Cristo, a veces llamadas las señales precursoras, que incluyen la predicación del Evangelio a todas las naciones y en todo el mundo; la creciente apostasía de la iglesia; el desarrollo, la venida y la aparición final del Anticristo, el hombre del pecado; la unión y la desatadura de Satanás en relación con la lucha final de las naciones anticristianas con Gog y Magog; juicios sobre las naciones, los cuales aumentarán en intensidad y alcance a medida que se acerque la venida de Cristo; y signos en la naturaleza, que culminan en la señal del Hijo del hombre.

El cuarto elemento es la venida de Cristo en las nubes del cielo o la parusía. En relación con esto, debemos discutir la venida de Cristo como tal; la resurrección de los muertos, tanto de los justos como de los inicuos; el juicio final sobre los justos y los inicuos por igual y la manifestación de la teodicea; el paso de la apariencia de este mundo y su destrucción completa para que incluso los elementos se derritan con calor ferviente; la creación de los nuevos cielos y la nueva tierra en la que morará la justicia y en la que el tabernáculo de Dios estará para siempre con los hombres; y el estado eterno tanto de los justos como de los inicuos, el cielo y el infierno.